

CIENCIA FICCION

SELECCION 32



Se inicia esta trigésimo segunda selección con *Bajar a un mar sin sol*, un emotivo relato póstumo de Cordwainer Smith. Siguen sendos cuentos cortos de tres clásicos indiscutidos del género: Simak, Pohl y Silverberg y, como colofón y contrapunto, una bellísima narración heroico-mitológica de Thomas Burnett Swann, el inolvidable autor de *La mansión de las rosas*.

Estos relatos proceden de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada como la más importante del mundo en su género.

Contenido

Presentación: *Ciencia ficción y/o fantasía*, Carlo Frabetti.
Bajar a un mar sin sol (Down to a Sunless Sea), Cordwainer Smith, 1975.

Un ciudadano de edad madura (Senior Citizen), Clifford D. Simak, 1975.

El viaje maternal (The Mother Trip), Frederick Pohl, 1975.

Ishmael enamorado (Ishmael in Love), Robert Silverberg, 1970.

Olsen y la gaviota (Olsen and the Gull), Eric St. Clair, 1964.

El amor es una libélula (Love is a Dragonfly), Thomas Burnett Swann, 1972.

PRESENTACIÓN

Ciencia ficción y/o fantasía

En los últimos meses, y mediante la publicación de la serie paralela FANTASÍA, habíamos venido siguiendo la política de separar (en la incierta medida de lo posible) los relatos más estrictamente de ciencia ficción de los meramente fantásticos, aunque con la sospecha de que estos últimos no tendrían la misma acogida que los primeros. La sospecha se ha visto ampliamente confirmada por la reacción del público (léase cifras de ventas), lo que nos ha llevado a suspender momentáneamente —o posponer por tiempo indeterminado— la publicación de la serie FANTASÍA.

Consiguientemente, se planteaba la alternativa de continuar la serie CIENCIA FICCIÓN con el nuevo criterio «estricto» o de volver a la más elástica fórmula anterior al número 25, en la que cabían ocasionalmente relatos fantásticos difícilmente catalogables como de ciencia ficción. Tal vez la primera solución hubiera complacido más a los puristas, pero nos habría obligado a prescindir sistemáticamente de un material de calidad —en ocasiones excelente— por no entrar de lleno en los límites de la ciencia ficción estricta (límites, por otra parte, muy discutibles y a menudo poco claros). En consecuencia, hemos optado por la segunda solución —la primera cronológicamente— con la esperanza de que los puristas se muestren indulgentes, sobre todo después de leer narraciones como El amor es una libélula.

CARLO FRABETTI

BAJAR A UN MAR SIN SOL

Cordwainer Smith

Como bien saben los aficionados, las narraciones de Cordwainer Smith se desarrollan todas ellas en un futuro homogéneo, regido por una misteriosa «Instrumentalidad». El siguiente relato no es una excepción, aunque presenta la particularidad de que fue completado por su viuda después de la muerte del autor.

¡Muy alto, muy alto, bailando en el cielo! Brilla que brilla la luz de las lunas gemelas de Xanadú, Xanadú la perdida, Xanadú la hermosa, Xanadú la sede central del placer. El placer de los sentidos, el cuerpo, la mente y el alma. ¿El alma? ¿Quién habló del alma?

I

El viento susurraba suavemente donde ellos estaban. De vez en cuando Madu, con un ancestral gesto femenino, estiraba su diminuta falda plateada o ajustaba su chaqueta abierta y sin mangas. No porque tuviera frío. Su breve traje se adecuaba al moderado clima de Xanadú.

Pensaba: «¿Cómo será el señor de la Instrumentalidad? ¿Será joven o viejo, rubio o moreno, sabio o tonto?» No pensaba «feo o hermoso». Xanadú era notoria por la perfección física de sus habitantes y Madu era demasiado joven para esperar nada peor.

Lari, que aguardaba a su lado, no pensaba en el señor del Espacio. Su mente reveía la grabación de la danza, los pasos intrincados y el bello frenesí de movimientos del grupo de los antiguos tiempos de Manhóme, ese grupo llamado «Bool-shoy». «Algún día —pensaba—, oh, tal vez un día también yo podré bailar así...»

Kuat pensaba: «¿A quién creen que van a engañar? En todos los años que he sido gobernador de Xanadú ésta es la primera vez que viene un señor. Y por añadidura un héroe de la guerra de Styron IV. Eso fue hace ya meses sustantivos... Ha tenido suficiente tiempo de recuperarse si es verdad que fue herido. No, debe de haber algo más... sa-

ben o sospechan algo... Le mantendremos ocupado. No debería ser difícil, con todos los placeres que Xanadú puede ofrecer... y además está Madu. No, si se queja echará al viento su cobertura...»

Y todo el tiempo, mientras el ornitóptero se aproximaba, también se acercaba el destino de todos ellos. Él, no lo sabía, ni se proponía ser ese destino, que no había sido predeterminado.

El pasajero del ornitóptero que descendía trató de percibir, de sentir con su mente el lugar. Era duro, terriblemente duro. Parecía haber una gruesa nube —una niebla— entre su mente y las mentes que intentaba sondear. ¿Era él mismo, su propia mente afectada por la guerra? ¿O se trataba de otra cosa, de algo en la atmósfera del planeta, capaz de prevenir o detener la telepatía?

El señor bin Permaiswari movió la cabeza. Estaba tan confuso y lleno de dudas. Desde la batalla... las terribles sondas mentales de las máquinas del miedo... ¿qué daño permanente habrían causado? Tal vez aquí, en Xanadú, podría descansar y olvidar.

Mientras bajaba del ornitóptero el señor bin Permaiswari tenía un sentimiento creciente de asombro. Sabía que Xanadú no tenía un Sol, pero no estaba preparado para la luz suave y sin sombras que le recibió. Las lunas gemelas parecían suspendidas una al lado de la otra, y su luz se reflejaba en millones de espejos. En las proximidades, las playas de arena blanca se extendían li tras li, y más lejos se alzaban acantilados de tiza en cuyas bases hervía el mar espumoso y muy negro. Negro, blanco, plata, eran los colores de Xanadú.

Kuat se le acercó inmediatamente. Sus aprensiones disminuyeron apreciablemente apenas miró al señor del Espacio. El visitante parecía verdaderamente enfermo y confuso; en la misma medida, aumentó sin esfuerzo consciente la amabilidad de Kuat.

—Bien venido a Xanadú, señor bin Permaiswari. Todo lo que Xanadú contiene es suyo.

El saludo tradicional sonaba extrañamente en su voz áspera. El señor del Espacio vio ante sí un hombre enorme, alto y proporcionalmente pesado, con sus músculos resplandecientes. El largo pelo rojizo y la barba parecían magenta a la luz de las lunas y los espejos.

—El solo hecho de hallarme en Xanadú es para mí un placer, gobernador Kuat, y le devuelvo el planeta y su contenido —respondió el señor Kemal bin Permaiswari.

Kuat se volvió e indicó a sus dos acompañantes.

—Esta es Madu. Tiene un remoto parentesco conmigo y está, por lo tanto, bajo mi custodia. Y éste es Lari, mi hermano, hijo de la cuarta esposa de mi padre, la que murió ahogada en el Mar sin Sol.

El señor del Espacio parpadeó ante la risa de Kuat, pero los jóvenes no dieron muestras de advertirlo.

La dulce Madu ocultó su decepción y saludó al señor Kemal con la debida modestia. Tenía la expectativa (¿la esperanza?) de una figura resplandeciente, una fulgurante armadura o quizá, simplemente, un aura que proclamara: «Soy un héroe.» En cambio, veía un hombre de aspecto intelectual, fatigado, y que parecía de alguna manera mayor de sus treinta años sustantivos. Se preguntó qué habría hecho, cómo ese hombre podía ser el tema de todas las conversaciones en la Instrumentalidad por haber salvado la cultura humana en la batalla de Styron IV.

Lari, por ser varón, conocía mejor los hechos de la batalla que Madu, y saludó con gravedad y respeto al señor bin Permaiswari. En el mundo que soñaba, la inteligencia sólo estaba a la zaga de los danzarines y la fácil gracia de los corredores. Este era el hombre que había osado enfrentar con su ser, su mente viva, su intelecto, las temidas máquinas del miedo... ¡y que había vencido! El precio estaba a la vista en su rostro, pero había VENCIDO. Lari unió sus manos y las alzó hasta su frente, en un gesto de homenaje.

El señor se acercó a él con un gesto que ganó para siempre el corazón de Lari: le tocó la mano y le dijo:

—Mis amigos me llaman Kemal. —Luego se volvió, para incluir a Madu y, como después de un segundo pensamiento, a Kuat.

Kuat no advirtió la casi omisión. Se había vuelto y avanzaba hacia lo que semejaba un gran montón de piel rayada amarilla y negra. Emitió un peculiar sonido sibilante y en el acto el montón se abrió en cuatro enormes gatos. Estaban ensillados, y cada silla estaba equipada con un anillo de sostén, pero no se veía ninguna forma de guiar a los animales.

Kuat respondió a la pregunta de Kemal.

—No, por supuesto no hay manera de guiarlos. Son gatos puros, ¿sabe usted?, lo único modificado es el tamaño. ¡Aquí no hay infrapersonas! Creo que somos el único planeta de la Instrumentalidad que carece de infrapersonas... excepto Norstrilia, naturalmente. Pero las razones de Norstrilia y las de Xanadú están en los extremos opuestos del espectro. Nosotros gozamos de nuestros *sentidos*... nada de esa creencia disparatada que tienen los norstrilianos acerca de que el trabajo duro forma el carácter. No creemos en la austeridad ni en todas esas monsergas. Simplemente, obtenemos mayor placer sensual de nuestros animales no modificados. Y tenemos robots para el trabajo sucio.

Kemal asintió. Después de todo, ¿no había venido aquí para eso? ¿Para que sus sentidos repararan su mente dañada?

Sin embargo, el hombre que había desafiado a las máquinas del miedo apenas con un temblor no sabía cómo aproximarse al gato que le fue asignado.

Madu advirtió su vacilación.

—Griselda es perfectamente mansa —dijo—. Espere un instante a que le rasque las orejas. Luego se tenderá en el suelo y usted podrá montar.

Kemal alzó la vista y sorprendió una expresión de disgusto en los ojos de Kuat. No le ayudó en su búsqueda de reparación mental.

Madu, no consciente del desagrado de Kuat, había inducido al gran gato a arrodillarse y le sonreía a Kemal.

Kemal sintió que algo semejante a un dolor se clavaba en él ante su mirada. Era tan hermosa y tan inocente... Su vulnerabilidad le retorció el corazón. Recordó a la señora Ru cuando citaba a un sabio antiguo: «La inocencia interior es una armadura exterior»; pero una redecilla de temor rodeó su mente. La hizo a un lado y montó en la gata.

Tres siglos más tarde, durante su agonía, había de recordar esa cabalgata. Era tan emocionante como su primer viaje espacial. Un salto hacia la nada, y luego la brusca comprensión de que avanzaba y avanzaba al margen de su voluntad, y sin control personal de la dirección en que su cuerpo pudiera encaminarse. Antes que el temor tuviera la oportunidad de consolidarse, se había convertido en una excitación visceral, casi orgásmica, un surtidor de placer casi insoportable.

Con el lacio pelo negro volcado sobre la cara, el señor bin Permaiswari habría sido irreconocible para los señores y las señoras que se reunían en la Campana, en la vieja Tierra, en tiempos de crisis. No habrían reconocido la felicidad infantil en ese rostro que estaban acostumbrados a ver grave y preocupado. Se rió al viento y apretó las rodillas contra los flancos de Griselda, sosteniendo el anillo con una mano mientras se volvía para saludar a los otros, que estaban algo rezagados.

Griselda parecía sentir su placer ante los largos saltos sin esfuerzo. De pronto, la cabalgata asumió una nueva proporción. Más arriba, el ornitóptero que había traído a Xanadú al señor del Espacio pasaba en su camino de regreso al puerto espacial. Griselda perdió todo orgullo y empe-

zó a saltar fútilmente hacia el ornitóptero durante su ascenso. Mientras pretendía alcanzarlo, Kemal se vio obligado a cogerse con ambas manos del anillo de sostén para no caer ignominiosamente. La gata siguió saltando sin esperanzas hasta que el aparato desapareció de la vista. Luego se sentó y comenzó a lamerse e, inadvertidamente, a lamer también a su pasajero.

El señor Kemal no halló desagradable su lengua de papel de lija, pero parpadeó cuando una garra rozó su pierna. A cierta distancia, Kuat reía. La cara de Madu, aún a lo lejos, mostraba preocupación, y ésta sólo se desvaneció cuando el señor agitó el brazo. Lari, confiado en los poderes del héroe de Styron IV, miraba soñadoramente la ciudad distante.

Lentamente ahora, Griselda reunió los restos de su dignidad. Se mostraba aparentemente confundida por haber cedido a un juego de gatito aun cuando le habían confiado el bienestar de un distinguido visitante.

A la distancia, los domos y las torres de la ciudad brillaban, nacarados, a la suave luz sin sombras de las lunas y los espejos. El señor Kemal hallaba reforzada su sensación de irrealidad. La ciudad parecía tan hermosa e inconcreta como si pudiera desvanecerse mientras se acercaban. Sabría luego que la ciudad —y todo lo que representaba— era demasiado real.

Cerca de las murallas, Kemal vio que la blancura de la ciudad lejana era una ilusión. Los muros estaban incrustados de pedrería en intrincados diseños geométricos, o de hojas y flores, que acrecentaban la belleza de la increíble arquitectura.

El señor Kemal no había visto nada igual en ninguno de los mundos que había visitado. El palacio de Philip en el planeta Gema parecía feo en comparación.

Jardines con fuentes y lagos artificiales separaban los edificios. Aquí y allá había arbustos plantados según un ingenioso plan que parecía natural. De pronto el señor del

Espacio descubrió otro aspecto extraño del planeta: no había visto árboles.

Unos perros les ladraron desde prudente distancia cuando entraron a la ciudad, pero esta vez Griselda se negó a dejarse tentar. Una vez en el interior, asumió un porte decoroso, como si quisiese olvidar sus escauceos anteriores, y se dirigió directamente hacia los escalones del palacio.

El señor Kemal sintió endurecerse los músculos de la grupa de Griselda cuando se preparó para salvar la escalera y atravesar la puerta abierta. Había apenas el espacio necesario. Afortunadamente, Kwat llegó primero y le silbó una orden a la gata. Kemal pudo sentir la resistencia del animal, que habría preferido el salto, pero obedeció. Se apretó contra el suelo, con las patas posteriores replegadas y las anteriores extendidas, y el señor Kemal descendió fácilmente, aunque de mala gana, casi tan apenado como Griselda de que la cabalgata hubiese terminado. Se inclinó para rascarle una oreja.

Madu sonrió, aprobando.

—Muy bien. Si se hace amigo de su gata, le obedecerá mucho mejor.

Kwat gruñó.

—Yo tengo mi propio método para hacer que me obedezcan si tienen demasiadas ideas pro-pías. —Por primera vez, el señor del Espacio advirtió el pequeño látigo con puntas metálicas que Kwat llevaba debajo del cinturón y que ahora señalaba.

—Kwat, tú no... —protestó Madu—. Nunca has...

—No me has visto —repuso él. Y al ver que el rostro de ella se ensombrecía, agregó como para tranquilizarla—: Hasta ahora no lo he necesitado. Pero no creas que no lo haría.

Kemal advirtió que las seguridades ofrecidas por Kwat no eran muy convincentes. Un velo de duda o de asombro pareció oscurecer la ostensible claridad de la cara de Ma-

du, Una vez más el señor Kemal sintió miedo por ella, y nuevamente lo rechazó.

Temía por causa de su inocencia. Sus ojos le recordaban los de D'irena en los lejanos días de su verdadera juventud, antes de profundizar en los modos de los hombres y de verse obligado a aprender que las infrapersonas y los hombres verdaderos no pueden mezclarse como iguales, D'irena, con su gracia de faunesa, su boca suave, los ojos inocentes de la gacela de que derivaba... ¿Qué le habría ocurrido después de su partida? ¿Tendrían aún sus ojos esa cándida ingenuidad que veía reflejada en los de Madu? ¿O se habría unido a un grosero macho y participaba ahora de su grosería?

La recordaba con ternura. Deseó que su pareja fuese un gamo que le hubiese dado descendientes tan gráciles y suaves como era ella en su memoria. Movi6 la cabeza. Las máquinas del miedo habían suscitado toda clase de extraños recuerdos y sentimientos. Ausente, acarició a la gata.

Vinieron sirvientes a desensillar los gatos. Con un nuevo sobresalto el señor del Espacio vio que eran hombres verdaderos, no infrapersonas, quienes realizaban la tarea, y recordó la afirmación de Kuat sobre el goce de la sensualidad de los animales. Había algo más, algo que casi había pensado, pero que no lograba asir... era como si tratara de aferrar la cola de un animal elusivo que desaparecía al torcer una esquina.

Conducido por Kuat y seguido por Madu y Lari, el señor Kemal recorrió un laberinto de sajas y corredores. Cada uno parecía más sorprendente que el anterior. Sólo en una grabación había visto el señor del Espacio algo similar: una reconstrucción del viejo Manhome tal como era antes de la Tercera Radiación. Los muros estaban adornados con tapices y cuadros que reproducían los de la Tierra; y había divanes, estatuas y coloridas y cálidas alfombras traídos por el fundador de Xanadú, el Khan original. Sí, Xanadú era el re-

torno al placer de los sentidos, al lujo y a la belleza, a lo innecesario.

Kemal sintió que empezaba a relajarse en esa atmósfera encantada, pero se rompió el hechizo cuando Kuat, al llegar al salón principal, se arrojó sin ceremonias sobre el diván más próximo. Tendido cuan largo era, agitó vagamente una mano hacia los demás.

—Siéntense, siéntense —dijo. Las mesas bajas y los divanes eran incitantes; las velas ardían y sus llamas oscilaban.

Por primera vez desde las presentaciones a la llegada del señor del Espacio, Lari habló espontáneamente.

—Bien venido a nuestra casa —dijo—. Esperamos poder hacer todo lo posible para que su visita resulte agradable.

Kemal comprendió que había prestado poca atención al joven, porque estaba absorto en las nuevas impresiones y (debía admitirlo) porque la muchacha, Madu, le fascinaba. Lari, a su masera, era tan perfecto físicamente como Madu. Alto, delgado, armónicamente musculoso, un dorado adolescente. Y, como Madu, tenía un curioso aire abierto y vulnerable. Al señor Kemal le parecía raro que ambos pudiesen crecer con semejante inocencia bajo la custodia de un hombre tan rudo y aburrido como Kuat.

Kuat interrumpió su fantaseo.

—Vamos. ¡El dju-di!

Madu se dirigió inmediatamente a una mesa donde había una bandeja de color cobre con aplicaciones plateadas. Sobre la bandeja se veían una jarra de dos picos, del mismo material, y ocho vasos haciendo juego. La jarra estaba cubierta por una tapa. Cuando Madu la cogió, Kuat dejó escapar uno de esos gruñidos que el señor del Espacio encontraba cada vez más desagradables.

—Cuida de poner el pulgar sobre el agujero que corresponde.